

tréamont, y pintores distintos que Hernández pero que fueron reivindicados por esta vanguardia que, contradictoriamente, buscaba una tradición. Corredor-Matheos al decir esto me ha sugerido algo tal vez no del todo descabellado: que Hernández sea un raro pintor del siglo XIX, raro ya en su siglo, lector de los escritores fantásticos ingleses como Richard Hurd y Horace Walpole, y admirador, en un siglo positivista y lanzado ya a las creencias en el progreso, de pintores como Valdés Leal, Pereda, y algo más atrás, Grünewald, el Bosco y otros. Este pintor tangerino peregrinaría todos los años, en el mes de abril, a Sevilla, haciendo coincidir la proverbial corrida de toros del último domingo de la feria con una visita al Hospital de la Caridad, acompañado discretamente por el breve *Discurso de la verdad* de don Miguel Mañara Vicentelo de Leca. ¿Hubiera desentonado en ese siglo? Un pintor tan poco costumbrista, tan poco anecdótico como Hernández, no hubiera sido tomado, creo, como de otro tiempo, sino como raro. Por otro lado, los decorados, telas y elementos arquitectónicos de sus obras no son actuales. En cuanto a sus personajes... En ocasiones podemos vislumbrar cierta recreación irónico-crítica de la decadencia —podredumbre, sería mejor— presumiblemente moderna, de ciertas ceremonias eclesíásticas, o de elementos políticos ya desaparecidos; pero esta misma decadencia podríamos encontrarla en los ímpetus (estertóreos) renovados de las monarquías de mediados del XIX. Un pintor así, que muerde la forma, fascinado por ella y al mismo tiempo con un fondo de malestar que le lleva a una crítica mordaz de la misma, habría sido reivindicado por los surrealistas, como dice Corredor-Matheos, y su alucinación, considerada como resultado de una feliz alianza entre fantasmagoría inconsciente y voluntad artística.

¿Y si consideramos a José Hernández en el siglo XX? En realidad, a finales de este siglo modernoso y novedoso. Considerado bajo este enfoque de actualidad, Hernández despierta ciertos tópicos barroco-católicos, pero ya sin teología. La pintura de Hernández no es celebratoria, tampoco es una pintura con toques de humor, es la exteriorización de un mundo (este mundo) desde una perspectiva realista, heredera del barroco que condena la presencia y el exceso como máscaras de la muerte, y algo más: un goticismo, que es fácilmente rastreable en su obra gráfica, como ocurre, por otra parte, en la obra tardía de Giambattista Piranesi, exaltado por el romanticismo y por los artistas de principios de nuestro siglo.

Quizá no sea inútil recordar que tanto Piranesi como Hernández se inician en la arquitectura para derivar luego hacia las artes plásticas. Piranesi enreda la arquitectura, Hernández crítica su acabamiento, hace presente en ella la presencia negativa del tiempo. El tiempo, *señor de todo*, y no Felipe II, es el gran fantasma, el verdadero monstruo de esta pintura. Y con esto vuelvo a esa voz que preguntó por los monstruos. Pero no es el

tiempo entendido de una manera intelectual. En este sentido, Hernández no es barroco; tampoco tiene ningún parecido con las elucubraciones escépticas que hiciera el gran Jorge Luis Borges, es más bien una patentización realista: Hernández enfrenta a toda presencia con la metáfora de la muerte: la larva que ya hemos sido, la que seremos. El laberinto del murmullo que late más allá (más acá) de la presencia.

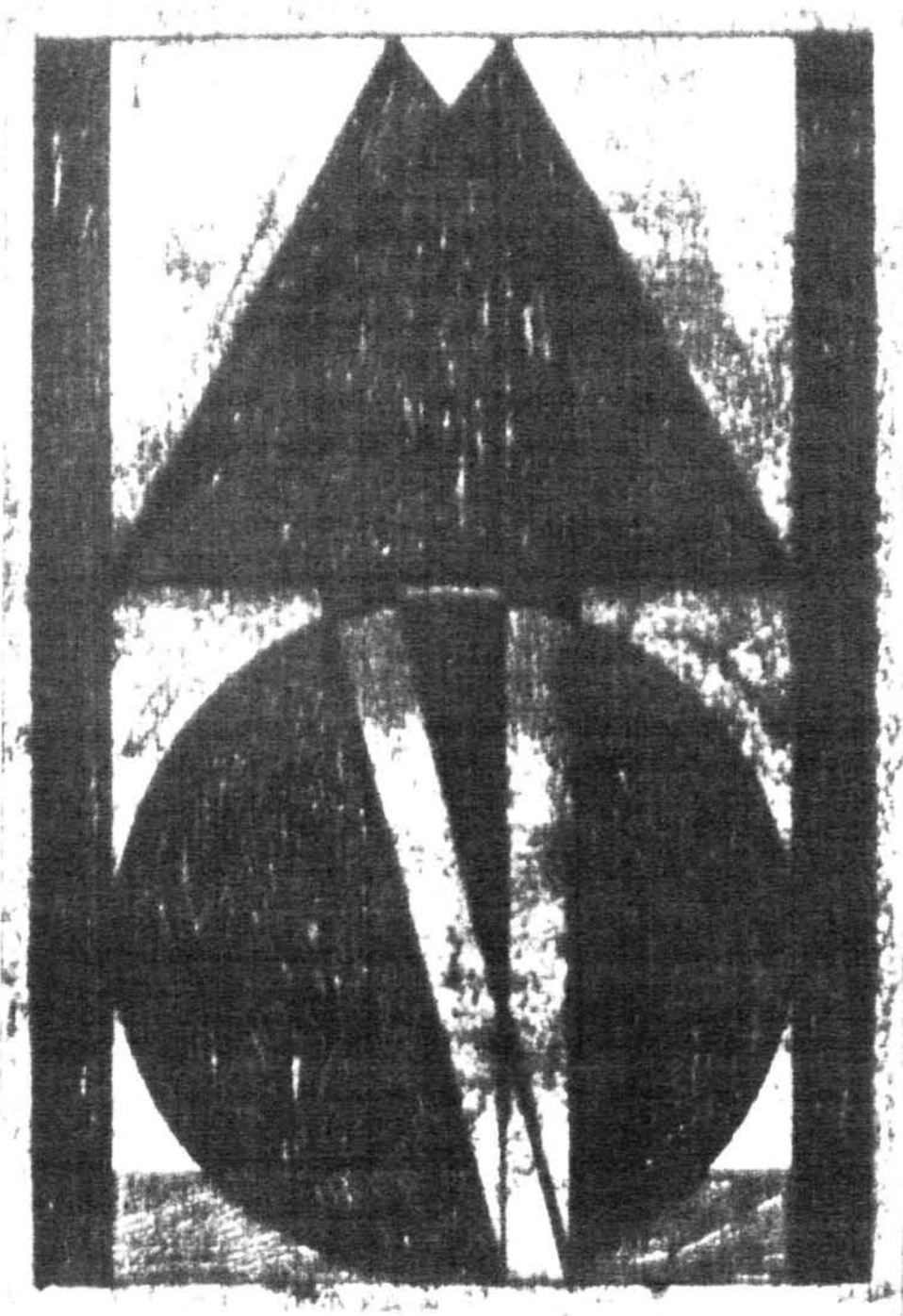
No deja de ser curiosa la desaparición en sus últimas obras de la figura humana. Yo creo que esta desaparición es positiva pues ciertas reiteraciones de las mismas ya no operaban tan creativamente, sino como inercia de un momento creador anterior. Ahora, el espacio pictórico se acerca a una metafísica que es coherente con lo planteado anteriormente por el pintor. Si Hernández continuara pintando figuras de las que lleva a la señora(señor) de la primera fila a preguntar por sus monstruos, convertiría su obra en una parodia involuntaria de sí misma.

No es así: no tan alucinante como para no poner en cuestión algunos procedimientos, ni tan racional como para estar libre de la imposición caprichosa de lo imaginario, José Hernández entra en este siglo de la mano de la metafísica, una noción sin fundamentos pero que uno se encuentra por todas partes en cuanto se aguza un poco la mirada.

### *3 de enero de 1993*

*La unidad diversa.* La obra de Denis Long abarca la pintura, el grabado, los objetos (tan caros a los surrealistas y penosamente, con poco éxito entre los artistas españoles), incluyendo en estos últimos las «cajas», dos de cuyos mayores artífices tal vez hayan sido Max Ernst y Joseph Cornell. Norteamericano de nacimiento, tiene orígenes mexicanos e italianos, y desde hace unos quince años vive en nuestro país donde desarrolla una labor ajena a las grandes agitaciones del mundo de la pintura, pero cercano al movimiento de la misma que siempre es, como ocurre con el resto de las artes, más secreto, aunque su secreto, como la carta robada del cuento de Edgar Allan Poe, esté a la vista.

Podríamos comenzar por la calle Carranza, pero no por la vía comprendida entre dos glorietas, sino por la serie de cuadros-esculturas planas que lleva este nombre. ¿Una calle? Más bien el tránsito de un color, los tonos del atardecer en un día de verano visto por el artista desde los ventanales altos del estudio con las luces encendidas. La mayor parte de la obra de los últimos diez años del pintor Denis Long está concebida en serie. Son fragmentos enteros de una percepción quizás inacabable. He dicho percep-



Denis Long: *Bonsái*,  
1988. Aguafuerte,  
aguatinta y barniz  
blando

ción, pero debo añadir inmediatamente otras palabras que amplíen su aventura pictórica: paciencia, reflexión y un valor no menos importante que éstos, autenticidad. Juego de la forma, variaciones de los tonos, del color, permutaciones, sugerencias. Aunque muchos de los títulos de sus obras nos podrían hacer pensar en referentes concretos, en realidad carecen de él salvo, en algunos momentos, si pensamos en las formas ideales de la geometría. Con esto no quiero decir lo que tanto se ha dicho de cierta literatura mo-